

nera de documento o tratado, como su título lo sugiere, y a través del diálogo parte de la urgente memoria, para nuestra excesiva y dramática somnolencia que mutila todo, en especial los problemas sociales.

“Es una habitación tan pequeña que no le cabe ni la menor duda”, refiere uno de los personajes. Se trata también de una amena lectura, que a pesar del signo de la tragedia que compartimos los colombianos, tiene lugar para

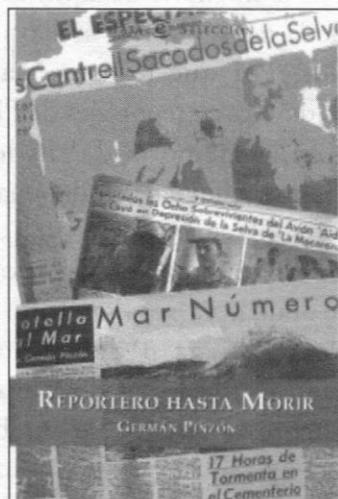
la sonrisa; una lectura que impregna el paródico humor de personajes de historias marginales y suburbanas, de anónimos eventos que cotidianamente despachamos con la mirada torva de la simple, viciada e inútil interpretación común de consumidores... *obligados a gastar con el bolsillo derecho* porque ya el izquierdo dejó hace tiempo de ofrecer sus frutos de oropel.

hojas Universitarias.....

Reportero hasta morir, de Germán Pinzón

Mario Barrero Fajardo
Facultad Comunicación Social-Periodismo
Universidad Central

El inexorable paso del tiempo es una condena que siempre pende de la cabeza de todos los seres humanos y por extensión de las creaciones de éstos, convirtiéndose tal vez en uno de sus más terribles enemigos, o visto desde la otra orilla, en un sutil pregonero de parte primordial de la esencia de unos y otras: su condición de mortales, de entidades condenadas al desgaste y que siempre estarán bordeando el abismo de la nada. Por ello una de las posibles lecturas del reciente libro de Germán Pinzón, *Reportero hasta morir* (Bogotá, Planeta, 1999), sea la de considerarlo como una apuesta, que si bien no busca derrotar en forma definitiva el inevitable avance de las manecillas del reloj, sí intenta ofrecer resistencia a esa sentencia que suele condenar a caer en el olvido de las palabras que un día cobraron vida en el seno de una hoja de papel.



Obviamente es una apuesta arriesgada la que efectúa Germán Pinzón al recoger en el formato de un libro una serie de crónicas y reportajes que vieron la luz, la mayoría de ellos, hace casi cuarenta años. Y posiblemente, cons-

ciente de los riesgos que ello implica, el autor optó por acompañar algunos de los textos recuperados con unos respectivos pie de página, que le permiten al lector contemporáneo contextualizar lo que le es narrado. Pero estas acotaciones son escasas, porque el arma con que Pinzón logra hacerle frente al desgaste de la palabra es de otro orden y mucho más contundente.

En opinión de quien escribe estas líneas, la vigencia de los textos de *Reportero hasta morir* anida en que en ellos no se intentó escribir la "Historia", con mayúsculas, la de los supuestos "héroes" de nuestro pasado reciente, sino la "historia" con minúsculas, la de ese mar de seres, que sólo en medio de determinada circunstancia y gracias a la pluma de Pinzón, salieron del anonimato. Su irrupción en el escenario público fue semejante a la de aquellos voladores que en medio de las noches navideñas iluminan por un instante el firmamento y luego retornan al ámbito de la oscuridad, del anonimato. Y que a diferencia del pesebre o del árbol de Navidad, siempre iluminados, calan más en la memoria de aquellos que los ven salir de la nada y volver a ella. ¿Por qué ocurre ello? ¿Por qué los personajes que pueblan las crónicas y reportajes de Pinzón se incrustan en la memoria de sus lectores? Porque ellos no pretenden brindar una lección de vida, sino simplemente desfogar a través de la palabra, de esa tribuna que el periodista les brinda, su drama, ya sea éste fruto de una circunstancia aciaga o del tedio de su cotidianidad. Y surge la paradoja; el aparente discurso en tono menor se vuelve más trascendente que aquél que es entonado con una intención aleccionadora. Es la apuesta de abordar lo universal desde lo particular, es aproximarse al concepto del ser humano desde una serie de nombres particulares, que en lugar de postular los maniqueos blanco y negro con que solemos definir todo, valida la gama de los grises, una gama llena de sombras y de luces,

de afirmaciones y contradicciones, que lleva en sí, tanto el germen de su creación, como de su destrucción.

Pero el darle la posibilidad al otro para que hable, para que muestre su punto de vista, no debe confundirse con la ambigua objetividad que debe primar en el trabajo periodístico. Germán Pinzón prescinde de esa peligrosa máscara y nos habla desde sus filias y sus fobias, desde su más profunda subjetividad. Puede que alguien tache la obra de Pinzón de demasiado pasional, pero ese es un mérito, porque gracias a ello nos encontramos ante una obra honesta, que no pretende endulzar nuestra historia reciente, sino mostrar las llagas y cicatrices de ésta; que nos invita a reflexionar antes que a evadirnos. Y que a pesar de recrear, con contadas excepciones, escenarios colombianos, trasciende el también malsano localismo que tanto ha perjudicado a escritores y periodistas latinoamericanos, porque el libro *Reportero hasta morir* no se agota en una aproximación a las mujeres y hombres colombianos, sino que a partir de ella, va más allá: nos habla de la compleja condición humana.

Y si hasta aquí hemos aludido al libro de Germán Pinzón como un texto periodístico, no debe pasarse por alto que los valores que se han rescatado en él son los que también constituyen la esencia de la narrativa de ficción. De ahí que ante textos de este tipo comprobamos una vez más cómo en muchas ocasiones las fronteras entre periodismo y literatura son un mero formalismo: los dos le están apostando a narrar desde la palabra, y dada la ambigüedad de ésta, es apenas lógico que sus respectivos productos oscilen entre la "supuesta" realidad y la también supuesta "ficción". Por ello, así como desde hace un tiempo viene pregonándose la muerte de la novela, y ésta continúa su marcha porque seguimos añorando que alguien nos narre algo, igual sucede con la crónica y el reportaje. Estos siguen teniendo vigencia, existe un público